

# **SEMINARIO INTERNACIONAL sobre ENERGÍAS RENOVABLES COMO INSTRUMENTO CLAVE DE LUCHA CONTRA LA POBREZA EN LA AGENDA DEL DESARROLLO POST 2015**

## **INTRODUCCIÓN AL PRIMER PANEL**

Aunque pueda sonar a falta de modestia, debo confesar que tengo razones para estar presidiendo esta mesa. No lo digo por presumir de ello, sino para explicar el sentido de lo que vamos a hacer en ella.

En primer lugar, soy presidente de la Fundación ETEA para el Desarrollo y la Cooperación y de la Fundación Universidad Loyola Andalucía, que junto con la Fundación Focus-Abengoa, han organizado este seminario.

La Fundación ETEA para el Desarrollo y la Cooperación ha llevado a cabo en los últimos 25 años numerosas iniciativas de cooperación, en Centroamérica y otros países de América Latina y en Asia. Hemos trabajado en áreas tan distintas como la docencia, los proyectos de desarrollo, el asesoramiento a universidades y a gobiernos, el intercambio de alumnos y profesores. Y esta experiencia ha permitido elaborar un pensamiento propio, riguroso y comprometido, sobre lo que debe ser la cooperación al desarrollo en un mundo marcado por la pobreza y las desigualdades estructurales.

La Universidad Loyola Andalucía ha querido incorporar el desarrollo de los pueblos en el horizonte de sus preocupaciones más relevantes: por eso lo ha colocado entre sus áreas prioritarias de investigación. Eso explica que nuestra Universidad haya establecido desde su misma creación vínculos estrechos con la Fundación ETEA, a la que considera su vehículo principal para trabajar en esta área.

Una segunda razón para mi presencia aquí es la de ser miembro de la Compañía de Jesús. La Compañía pretende que las instituciones universitarias vinculadas a ella, como son las dos que acabo de mencionar, estén inspiradas por su misión, que incluye el compromiso por construir un mundo más justo y humano en diálogo con las diferentes culturas y moviéndose en esas fronteras donde entran en contacto los mundos conocidos con lo nuevo, lo emergente, lo alternativo. Hablar de pobreza y de lucha contra la pobreza está en perfecta sintonía con la misión de toda institución vinculada a la Compañía de Jesús. Adentrarse en el mundo emergente de las energías renovables significa entrar en diálogo con lo nuevo, en los nuevos caminos que van desbrozando las ciencias.

Más aún, la última Congregación General de la Compañía de Jesús, año 2008, cuando quiso resumir en una palabra lo que habría de ser el aspecto más relevante de su misión en este contexto de comienzos del siglo XXI, no

encontró otro concepto mejor que el de *reconciliación*, y lo desplegó en tres dimensiones: reconciliación con Dios, reconciliación con los demás, reconciliación con la creación. Y ser recomendaba a las instituciones universitarias vinculadas de alguna manera a la Compañía a “promover estudios y prácticas orientadas a enfrentar las causas de la pobreza y a mejorar el medio ambiente” (Decreto 3, n. 35). La estrecha relación que se establece aquí entre pobreza y medio ambiente sintoniza perfectamente con el tema de nuestro seminario de hoy: “Las energías renovables como instrumento de lucha contra la pobreza en el mundo”.

Más aún, este primer panel que me toca introducir subraya la perspectiva ética y social de dicha tarea. Pues bien, esto conecta con la tercera y última razón que aducía para justificar mi presencia en esta mesa. Porque yo he sido toda mi vida activa profesor de teología moral y, más concretamente, de moral social. Permítanme algunas consideraciones sobre la dimensión ética de este seminario.

1. Una cuestión previa: ¿de qué hablamos cuando hablamos de ética? No es una pregunta retórica ni superflua. Hoy se habla más de ética que hace unos años (por ejemplo, cuando yo empecé mi carrera docente). Pero el discurso ético no pocas veces resulta cargado de ambigüedad, porque parece más una justificación de nuestro comportamiento que una sana interpelación del mismo.

Supuesta esta llamada de atención, que invita a ser cautos frente a lo que se presenta como discurso ético, creo que el tema que nos ocupa tiene dos dimensiones éticas complementarias: una, relacionada con la ciencia y la tecnología; otra, con la economía.

2. Ética y dimensión científica. En los ambientes científicos el discurso ético no suele ser bien recibido. Las reservas frente a él acuden al argumento de que la ciencia es neutral y busca un conocimiento objetivo de la realidad. Y es que nuestra cultura está demasiado marcada por la razón instrumental: nos preocupa el cómo, los medios, y esta preocupación, que a veces se convierte en obsesiva, apenas deja espacio para preguntarse por los fines, por el para qué. Ese es el gran peligro de la ciencia y de la técnica: que, al eludir la pregunta por el para qué, no se cuestiona al servicio de qué objetivos o de qué intereses se ponen

Es evidente la relación de ciencia y técnica con la gestión medioambiental. El desarrollo científico es, en parte, causante del deterioro del medio ambiente, pero tiene también grandes posibilidades de contribuir a su conservación. Todo esto significa que la ciencia es un instrumento que puede servir a fines muy diversos, y que el científico tiene una responsabilidad cuando decide qué investiga y al servicio de qué objetivos pone su saber: ¿para explotar los recursos naturales? ¿para preservarlos?

Desde el punto de vista del conjunto de la sociedad, el medio ambiente es un patrimonio común que hay que administrar solidariamente. Hoy somos más conscientes que nunca de que los problemas medioambientales ya no son locales, sino globales porque afectan a la humanidad entera. Hablar de solidaridad significa que los problemas de unos son problemas de todos y deben ser abordados por todos. El fracaso de la cumbre sobre el cambio climático de Copenhague en 2009 demostró fehacientemente hasta qué punto los gobiernos de los grandes países no están dispuestos a pagar los costes de esta gestión solidaria.

Un paso más. La ética no es solo cuestión de normas a cumplir. Previamente existen los valores y las cosmovisiones. Y estamos asistiendo a un cambio de paradigma en cuanto a la relación entre el ser humano y la naturaleza. Estamos pasando de una relación de dominación que lleva a una explotación indiscriminada de los recursos a una relación de armonía: la tierra es el hogar de la humanidad, y no solo los recursos a explotar.

A la vista de todo esto, ¿puede el científico desentenderse sin más de todas estas cuestiones y refugiarse en esa pretendida neutralidad de su trabajo?

3. Ética y dimensión económica. Una ética que se pregunta por los fines tiene aplicación igualmente al campo económico. Porque también es preciso preguntarse por el objetivo último al servicio del cual ponemos la actividad económica y productiva. Se da por supuesto, precipitadamente, que el fin de esa actividad es la consecución de una rentabilidad económica. Pues bien, la ética no pretende negar esta finalidad, pero no puede considerarla como exclusiva. Una actividad productiva puede resultar rentable beneficiando a la sociedad y al medio ambiente, pero también perjudicando desconsideradamente a una y a otra. Las propuestas que vamos a analizar hoy pueden ser un ejemplo significativo de que los avances científicos sobre energías renovables, de cuya rentabilidad en el mercado no hay que dudar, servirán además para combatir la pobreza en el mundo y contribuir a la conservación del medio ambiente.

En el tema medioambiental las responsabilidades son de todos, pero no de todos por igual. Y todos somos víctimas del deterioro medioambiental, aunque no todos de la misma manera ni en el mismo grado: los grupos sociales con menos recursos y más vulnerables son, una vez más, los más afectados. No vamos a descubrir ahora que vivimos en un mundo muy desigual, crecientemente desigual. Pero sí queremos reafirmar que, en un mundo así, la justicia no puede limitarse a la neutralidad, tiene que impulsar un cambio de las estructuras de nuestra sociedad para reducir o eliminar los mecanismos que favorecen las desigualdades.

4. Y esto me lleva al último punto de estas breves consideraciones éticas. Como profesor de moral social he luchado para que la moral no se enfoque

solo como una tarea personal, sino que asuma la dimensión social. Es preciso contribuir a que las personas adopten actitudes virtuosas (el tema de la virtud reaparece con fuerza en la ética moderna), pero hay que comprometerse colectiva e institucionalmente por la transformación de la sociedad. Las estructuras de la sociedad no son algo dado a lo que tenemos que adaptar nuestra vida, sino una variable susceptible de ser modificada, y es responsabilidad humana hacerla evolucionar con criterios éticos. Las instituciones tienen un papel relevante que manifiesta la dimensión social de la ética: y concretamente aquí, el colectivo científico e investigador, pero también una institución universitaria como la nuestra.

Termino. Quizás me he alargado en exponer las razones que justificarían mi presencia en esta mesa. He querido explicar por qué y con qué orientación se celebra este seminario en la Fundación ETEA y en la Universidad Loyola Andalucía. Lo dicho es suficiente para explicar también mi satisfacción por participar de este evento, que ha sido capaz de reunir a personas tan cualificadas como las que nos acompañan esta mañana.

Gracias a todos